

Este generoso desprendimiento acabó de cautivar á Doña Magdalena, quien despidiéndose del Diocesano, regresó á su casa prendada de sus buenos sentimientos.<sup>1</sup>

El otro es: Que acallando la voz de su justo resentimiento, despues de la prision de su padre, donó á los dominicos para el sostenimiento del culto, las Salinas de Tehuantepec y sus huertas, es decir, un parque de árboles frutales de média legua de extension; sus baños de recreo que eran unos manantiales de agua cristalina que regaban los árboles frutales del parque y formaban un hermosísimo estanque, en un lugar á cuatro leguas de la ciudad, llamado *Laoyaga*; y en fin, fundó en beneficio del convento productivas *Capellánías*.<sup>2</sup>

En cuanto á los Príncipes D. Felipe y D. Hernando, que sucedieron á su padre en el Gobierno de Tehuantepec, sólo se sabe que: "Sin el ascendiente ni los talentos de Cosijopii, sin la superioridad que da el recuerdo de gloriosos hechos personales, sin otro poder que el muy mezquino que los españoles concedian á los Gobernadores de indios, D. Felipe y D. Hernando fueron poco respetados y mal obedecidos por sus súbditos. Sus descendientes quedaron olvidados entre el pueblo."<sup>3</sup>

La hija bastarda, por sus bellas prendas personales, fué la más amada de los tehuantepecanos, despues de Doña Magdalena.

1 Burgoa. Geográfica Descripción. 1ª parte. Cap. 18, pág. 78, frente y vuelta.

2 Gay. Historia de Oaxaca. Tomo 1º, cap. 14, pág. 396.

3 Gay. Historia de Oaxaca. Tomo 1º, cap. 14, pág. 405.

---

## CONCLUSION

---

Estos son los hechos de *Cosijoeza y su familia*, que hemos reunido en este pequeño libro, como un monumento levantado á su memoria.

"Es cierto que ya no existe el Reino Zapoteco, tambien lo es, que entre el último gemido de su dominacion sonó el grito de la dominacion castellana, y en la más completa lozanía ésta, en todo su vigor, cuando se hallaba en lo más florido de sus dias, desapareció tambien..... confundiéndose en el abismo de los recuerdos.

"Cuando el sol de los antiguos brilló sobre las altas cumbres de sus montañas verdes; cuando calentó las primeras hojas de las yedras que tapizaban sus ocultas chozas, metidas entre las florestas; cuando sus rayos hirieron las superficies cristalinas de sus arroyos, y los zéfiros mecieron las blandas y coloradas plumas, colocadas sobre los penachos guerreros; cuando el incienso del copal y liquidámbar de sus bosques, se eleva-

ba sobre las cúspides de sus *mogotes* y al rededor de sus altares; cuando sus doncellas cubiertas de zarcillos de oro y de pendientes de esmeraldas, atravesaban sus cañadas y trepaban las quiebras de sus colinas; cuando, en fin, el *pochotl* de sus bosques mecia sus largos cadejos de seda blanca y el zenzontli, músico de sus soledades, festejaba la reunion de sus jefes y de su pueblo, entónces apareció una turba mezquina de guerreiros, cubiertos sus pechos de bruñido acero; ronco estallido y destructor perturbó las soledades vírgenes de estos lugares, y la terrible voz de *guerra al salvaje*, tñó de sangre los campos, llenó de desolacion á millares de habitantes, levantando hasta las nubes, torbellinos de humo que despedian las poblaciones incendiadas.

“Sólo un consuelo escuchó el infeliz que perecia para siempre; una sola mano cerraba sus ojos y vendaba la sangre de sus heridas, porque esposas no tenian ya, ni hijos tampoco. El religioso cristiano era este bien; era el consuelo de la adversidad indígena, el ángel humano que regaba con su sudor y sus lágrimas las solitarias chozas del desierto.

“Desapareció por último una generacion entera, y otra nueva se sentó sobre los escombros de aquella; consolidó, como ella, su Gobierno y sus intereses, y como ella tambien, la destruyó una sola y débil voz, una voz anciana, salida de un pueblo llamado *Dolores*, y que recordaba dolores muchos, dolores intensos, amarguísimos, de penas, de congoja y de servidumbre.

¡Oh Dios! Cuán cierta es tu Justicia, cuán miserables son á tus piés de tu Augusto Trono esas gentes

que se llaman Naciones, que ruédan unas en pos de otras, que se sacuden, que se levantan, que brillan, que establecen, que desaparecen en fin, dejando débiles recuerdos para adorar tus juicios, para cantar tu sabiduría y elogiar tus misericordias.”<sup>1</sup>

México, Abril 24 de 1888.

M. MARTÍNEZ GRACIDA.

<sup>1</sup> Carriedo. Estudios Históricos. Tomo 1º, cap. 30, pág. 140 y 141.